

Mi nombre es Elizabeth, pero nunca me ha llamado nadie así. Supongo que mi padre me echó un vistazo cuando nací y debió de pensar que tenía cara de persona circunspecta y triste como una reina antigua o una muerta; pero al final salí bastante normalita, más bien poca cosa. Incluso mi vida ha sido bastante anodina hasta ahora. Más digna de una Daisy que de una Elizabeth, ya desde el mismísimo comienzo.

Pero el verano en que fui a Inglaterra para pasar las vacaciones con mis primos, todo cambió. En parte fue por la guerra, que en teoría truncó un montón de cosas, pero la verdad es que no recuerdo muy bien cómo era la vida antes de la guerra, de modo que eso no cuenta mucho en mi libro. Que es este, por cierto.

Las cosas cambiaron por Edmond, sobre todo.

Así que esto es lo que pasó.

Estoy bajando de un avión -ya contaré más tarde por qué-, entro en el aeropuerto de Londres y miro a mi alrededor en busca de una mujer de unos cuarenta años que sólo conozco por fotos y que es mi tía Penn. Las fotos son antiguas, pero da la impresión de ser una de esas mujeres que llevan siempre collares grandes y zapatos planos, y tal vez un vestido estrecho de color negro o gris. Pero la verdad es que eso lo supongo, porque en las fotos sólo se veía su cara.

En fin, el caso es que miro y miro; la gente se va marchando y mi teléfono no tiene cobertura, y pienso: 'Vale, estupendo, me van a abandonar en el aeropuerto, éste es el segundo país en el que no me quieren ni ver', cuando me doy cuenta de que ha salido todo el mundo menos un chaval que se me acerca y me dice: 'Tú debes de ser Daisy'. Y al ver mi cara de alivio a él también se le pone cara de alivio y dice: 'Yo soy Edmond'.

'Hola, Edmond' -le digo-, 'encantada de conocerte', y me lo quedo mirando con atención para hacerme una idea de cómo puede ser mi nueva vida junto a mis primos.

Dejadme que os explique cómo es Edmond antes de que se me olvide hacerlo: porque no es exactamente un chaval de catorce años típico, empezando por el CIGARRO y siguiendo por ese pelo que parece haberse cortado él mismo con un serrucho de noche y sin luz; pero aparte de eso, es exactamente como un chucho, uno de esos que ves en la perrera y que te miran con una cara entre amistosa y esperanzada y te plantan el morro en la mano en cuanto te acercas, con una especie de dignidad instintiva, y desde ese mismo momento sabes que te lo vas a llevar a casa. Ése es Edmond.

Sólo que fue él quien me llevó a casa a mí.

'Deja que te lleve la maleta', me dijo, y aunque mide como medio kilómetro menos que yo y tiene los brazos tan finos como una pata de perro, va y agarra la maleta, y yo tiro de ella y le digo: '¿Dónde está tu madre? ¿En el coche?'

Y él sonrío dando una calada al cigarro, lo que mola bastante -aunque sé perfectamente que el tabaco mata y todas esas cosas-, pero se me ocurre pensar que lo mismo todos los chicos ingleses de catorce años fuman. Así que no digo nada, porque a lo mejor es *vox populi* que la gente empieza a fumar en Inglaterra a los doce años y si yo digo algo puedo hacer el ridículo cuando no llevo aquí ni cinco minutos. Edmond sonrío y me dice: 'Mamá no ha podido venir al aeropuerto porque

está trabajando y puede asesinar a quien la interrumpa mientras trabaja, y todos los demás tenían cosas que hacer, de modo que he venido yo solo en el coche'.

Entonces sí que le miré con cara rara.

'¿Has venido tú solo en el coche? ¿Tú solo? ¿En el coche? Sí, claro, y yo soy la secretaria particular de la duquesa de Panamá.'

Y entonces se encogió de hombros ladeando la cabeza con un gesto como de perrillo callejero; me señaló un *todoterreno* negro que se caía a trozos y abrió la puerta metiendo la mano por la ventanilla, que estaba abierta. Tiró mi maleta en la parte de atrás -o mejor dicho, la arrastró hasta la parte de atrás, porque pesaba un quintal-, y luego me dijo: 'Monta, prima Daisy'. Y como no se me ocurría qué otra cosa hacer, monté.

Y cuando aún estoy intentando asimilarlo, Edmond gira el volante y en vez de seguir las flechas que ponen 'Salida', se mete por un sitio que pone 'Prohibido pasar' y por supuesto pasa tan tranquilo; se mete a la izquierda, cruza una especie de zanja y, *izas!*, ya estamos en la autopista.

'Cobran trece libras y media por aparcar una hora aquí, ¿te lo puedes creer?', me dice.

Para ser sincera, no creo que esto esté pasando, no puede ser que esté en un coche que va por el lado izquierdo de la carretera conducido por un chaval escuálido que fuma un cigarro; y la verdad, quién no pensaría que Inglaterra es un lugar de lo más extraño.

Y entonces Edmond volvió a mirarme con aquella rara expresión perruna que tenía y me dijo: 'Ya te acostumbrarás'. Lo que también era extraño, porque yo no había dicho nada.